

3. EL MUNDO INVISIBLE

Vamos a seguir pensando en el maravilloso mundo invisible. Hay que saber descubrirlo si no queremos perder lo más importante de la vida de las personas. Es el mundo de las cosas que no son "cosas", de las "realidades" que se ven con los ojos de la mente y los dedos del corazón.

Y yo volvería a referirme a mi amigo Alfonso. Este amigo no solamente me hace pensar cuando habla, sino en muchos de sus gestos y a veces en sus silencios. Todo nos puede hacer pensar.

Me gustaría que vierais a Alfonso cuando hay visitas en su casa. No he visto nunca a un niño tan serio. Cuando hay personas que él no conoce, se pone muy tieso, como un militar alemán, pasa por en medio de las visitas y parece que va marcando el paso. Me recuerda a un personaje histórico, Bismarck, al que llamaban el "Canciller de Hierro". Si pusiéramos un bigote grande en la cara de Alfonsito, -yo se lo pinto con la imaginación- parecería un Kaiser alemán. Ni un gesto, ni una mirada. Parece otro niño, o mejor, no parece un niño.

Se ve que Alfonso con este "impasible ademán" se defiende de las visitas. Él sabe alejarse de los desconocidos y los mantiene a la suficiente distancia para encontrarse seguro. Parece que se rodea de una nube de ausencia y lejanía y así mantiene su propia identidad. Todos hacemos algo así, pero Alfonso es el actor que mejor hace su papel.

Cuando las visitas dejan de mirarlo, de hablar de él, y empiezan a charlar entre ellas, cacareando como hacen las gallinas en el gallinero, entonces, le miro, le sonrío y le digo por lo bajito:

- ¡Hola, Alfonso, que soy tu amigo!

Entonces, Alfonso, cambia por completo su cara, dibuja una sonrisa, pone sus ojitos en media luna, y su boca se entreabre como para decir todo lo más alegre, cariñoso y bonito del mundo. Mi amigo parece que saca a la ventana de su cara todo lo que lleva en su interior, en su corazón y en su alma. Todos los niños del mundo tienen una sonrisa preciosa, pero para mí, Alfonso, es un artista de la sonrisa desde que era muy pequeñito. No se si será pasión de abuelo, pero para mí todo esto que os digo es así.

Al ver este gesto de cariño, yo le abro mis brazos y él viene corriendo y me da un abrazo muy fuerte. Parece un boxeador o un futbolista y si no estuviera atento y preparado, seguro que me tiraría por el suelo.

Esta escena que se ha repetido muchas veces me ha hecho pensar, o mejor, me ha hecho filosofar.

Cuando una persona pasa de nosotros y para ella no somos nada importante, es como si estuviera ausente, lejana, como si no existiera y como si nosotros no existiéramos para ella. Nos vemos como si fuéramos "cosas", no nos fijamos ni en su cara ni en sus gestos. Somos "uno más" entre otros muchos. Así se mira la gente en el metro y en la calle y nos da la sensación de que vamos solos flotando en el aire como un planeta en el espacio.

Pero todo cambia radicalmente cuando esa persona nos mira con cariño y nos sonrío. Entonces "se hace presente", se acerca a nosotros, la sentimos muy cerca y parece que en su mirada y en su sonrisa nos muestra todo lo que lleva en su interior y nos lo ofrece como regalo para que nosotros lo podamos acoger y guardar dentro de nosotros.

Así nos mira nuestra madre. En su sonrisa, en su mirada parece que vemos su corazón invisible. Parece que todo su cariño se asoma en sus ojos y en sus labios y no tenemos más remedio que abrirle nuestros brazos y ofrecer a nuestra madre el beso más cariñoso que le podemos dar.

Así nos pasa a todos los niños del mundo, pues para nuestra madre seguimos siendo siempre niños y la seguimos queriendo como cuando éramos niños.

La "presencia" es una de esas realidades que no son cosas, que son invisibles, pero que nosotros las "vemos" en los signos en los que se expresan las personas y manifiestan lo que llevan dentro.

Es cierto que hay individuos que no saben hacerse presentes, son "impresentables", y no captan la "presencia" de los que les ofrecen amistad y cariño. Borran de la existencia todo aquello que no les interesa, no les va, o no les da algo. Solo existe para ellos lo que "necesitan". Si no tienen necesidad de algo, o alguien, lo destierran de lo existente, no existe para ellos. Todo el universo se encierra en su propio ombligo. Este "ombliguisimo" es suicida, pues al final de su vida se encuentran solos y desesperados. Se mueren de asco y, aunque les duela, los

verdaderos amigos tienen que decirles que son unos "desgraciados".

Todos estos pensamientos me los ha inspirado un amigo invisible que murió hace unos veinte años. Se llamaba Gabriel Marcel. El escribió muchos libros sobre estas cosas y yo he escrito un libro muy gordo sobre su pensamiento. A través de sus escritos yo me he hecho amigo de este filósofo y le quiero mucho porque me ha ayudado a pensar como lo ha hecho mi amigo Alfonso.

De las cosas que cuenta Marcel de su vida, hay algo que me ha hecho pensar mucho. Cuenta que su madre murió cuando él tenía cuatro años. Iba paseando un día por un parque de París, donde nació, vivió y murió y le preguntó a su tía que le llevaba de la mano:

- Tía, ¿qué es lo que pasa con los muertos?

Su tía le contestó que ella no tenía claro nada de esto y que no podía contestarle. Entonces, el niño dijo a su tía:

- ¡Bueno, cuando yo sea mayor, esto lo tengo que saber!

Cuando el filósofo era viejecito, pues murió hacia los ochenta años, el repetía: "Mi madre me ha acompañado siempre durante toda mi vida. Su presencia cariñosa, aunque invisible, no se ha alejado nunca de mí. Este mundo invisible ha constituido el núcleo principal de mi pensamiento".

La presencia de los muertos que nos han querido en nuestra vida y seguimos queriendo aun después de la muerte es otra de las realidades invisibles que nosotros podemos seguir viendo con los ojos de la mente y podemos tocar con los dedos del corazón. ¿Qué pensáis vosotros de esto?

Yo os puedo decir que tengo amigos y personas queridas que, aunque hayan muerto, las sigo queriendo quizás con más cariño que cuando estaban vivas. Porque el amor, el cariño y la amistad jamás puede destruirse ni con la muerte. Son realidades eternas.

Y para terminar, por este camino es por donde podemos encontrarnos con Dios. Dios no es una "cosa" que se pesa, que se mide, que se "demuestra". Dios puede descubrirse en su "presencia" que es algo así como la sonrisa de Alfonso. Hay que saber "leer" los signos de esta presencia. Hay que estar "a tono". Entre cacareos de gallinero jamás se capta una presencia. Hay niños que "ven", que "sienten" a Dios y

esa "experiencia" les llena de alegría. Hay niños que ven a Dios en el cariño de su padre, en la ternura de su madre, en el amor de sus hermanos y de sus amigos. Es como si a través de estas realidades maravillosas descubrieran como un guiño la sonrisa cariñosa de Dios que ofrece su amor y su bondad a los que quieren acogerla en su corazón.

Reconozco, amigos, que el tema de hoy es algo difícil y muy filosófico, pero, ¿entendéis algo de lo que yo quisiera deciros? Otra vez aprenderé a explicarme mejor. Hoy no me ha salido muy bien. Otra vez será.